

Callejón del Gato

Goytisolo ante el espejo

José Ramón Enríquez

Son mágicos los alrededores de la madrileña Plaza Mayor a los que desemboca el Callejón del Gato. No es casual que ahí se encuentren unos espejos cóncavos y convexos capaces de iluminar la visión del poeta ciego en las *Luces de Bohemia* valleinclanianas hasta esa epifanía que lo hace decir: “Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse en una estética sistemáticamente deformada”.

Como todo sitio epifánico, esos alrededores son habitados por pícaras y pícaros con la moral del Lazarillo y la estirpe cervantina, ángeles y demonios de toda laya. Más o menos el equivalente al Raval barcelonés en el que se formó Genet en una época fundamental de su vida. Sobre ello escribió Juan Goytisolo en uno de los ensayos de *Genet en el Raval* (Galaxia Gutenberg, 2009). Vivió en su primera juventud Genet en el Raval y ahí aprendió su oficio de ladronzuelo. Por esas callejuelas se perdía el autor del *Diario del ladrón*. Goytisolo lo define como uno más entre todos los expulsados de cualquier tierra y subraya la admiración que le ha tenido y la amistad que los unió.

Por ello pienso que si algún autor puede ser imaginado en el Callejón del Gato viendo la España esperpéntica y contemplándose a sí mismo frente a un espejo cóncavo es Juan Goytisolo. Si Don Latino de Hispalis recorrió el viejo Madrid escuchando a Max Estrella, Goytisolo recorrió el barrio barcelonés del Raval escuchando a Jean Genet. Por eso *Genet en el Raval* me resulta esencial para entender las implicaciones del gusto erótico de los dos Juanes pero, sobre todo, que eran capaces de elevar a los altares a sus niños y adolescentes marginales, ángeles y demonios.

Antes de escapar del peor esperpento en el que sumió a España el franquismo, en la plenitud de ese régimen asfixiante y cuando aún no aceptaba, al menos públicamente, su homosexualidad, Juan Goytisolo creó bellos asesinos en sus dos primeras novelas, *Juegos de manos* (Destino, 1954) y *Duelo en el Paraíso* (Planeta, 1955). En la primera, uno de los jóvenes personajes habla de sí mismo como Genet podría hacerlo de *Nuestra Señora de las Flores*, publicada diez años antes: “Me sabía condenado y que mi belleza, ay, era la belleza del diablo [...]. No quiero volver. Me es preciso quemar las naves. Cortarme la única salida. Tú me comprendes [...]. Matar”. Y en *Duelo en el Paraíso* uno de los niños asesinos se entrega a la liturgia de un ángel de algún altar para colocar una flor roja en la mano izquierda de su también infantil víctima que “en la sien derecha tenía un agujero del tamaño de un garbanzo por el que brotaba aún la sangre”.

Después se alejaría de esas novelas para entender su estética a partir de *Señas de identidad* (Joaquín Mortiz, 1966). Pero de personajes que coincidían en su condición de ángeles malignos con los de Genet no creo que haya renegado. Lo imagino caminando en su busca por el Raval mientras hablaba con su admirado autor francés.

Pero lo auténticamente esperpéntico resulta ver cómo a un autor autoexiliado en Marraquech que se ha declarado *Juan sin tierra* (Seix Barral, 1975) y ha lanzado en el rostro de la Madre Patria una *Reivindicación del conde Don Julián* (Joaquín Mortiz, 1970) quien, según cuenta la leyenda, fue un traidor por abrir España a ocho siglos de dominación mora por su pleito personal con el rey Rodrigo, lo vengan a premiar con el máximo galardón de las letras en nuestra lengua que habrá de entregarle otro

rey, Felipe VI. Desde luego se lo merece y mucho más cuando el premio lleva el nombre de otro maltratado por España, Miguel de Cervantes. Es la España oficial, de monárquica pompa y circunstancia, la entendida por Valle como esperpéntica, la que no se merece ni a Cervantes ni a Goytisolo, ni desde luego a Max Estrella.

Acostumbrados como estamos a aceptar sin chistar que “crímenes son del tiempo y no de España” dejamos de ver eso que Juan Goytisolo ha visto claramente y lo ha llevado al exilio. Eso que resumió en un párrafo de una su novela de 1993, *La saga de los Marx*: “Viejas historias del Mediterráneo fértil en persecuciones, matanzas, dogmas fanáticos y opresivos, expulsiones masivas cuidadosamente planeadas, Mediterráneo!, Mediterráneo!, gran madre universal, semilla y cuna de la civilización!, patrón de la belleza y el arte clásicos!, y no obstante ajeno y cruel, Mare Vostrum, ámbito de guerras, cruzadas, exterminio de poblaciones enteras, espadas rematadas en cruces, bendición eclesiástica a caudillos de manos sangrientas, tiranos divinizados en estatuas y libros, espuladores de linajes y limpiezas étnicas, todo ese magma de horror y basura acumulado en su cuenca durante siglos y siglos!”.

Goytisolo ha entendido por lo menos a media España, de la que está exiliado. Lo imagino en la lejanía de Marraquech, a los 83 años, pero asomado a los juegos esperpénticos de un espejo en el Callejón del Gato. Luego, sonriente, repito en voz alta unas líneas del párrafo final de *Juan sin tierra*: “desacostúmbrate desde ahora a su lengua, comienza por escribirla conforme a meras intuiciones fonéticas [...]. Dar-Bida Kuyo trato a pem-mityo er konosimyento kabal de ty mim-mo i la posyvilidá dep-presal-lo lyberándote de tu hantiryor ympot-tura...”. **U**